
JAIME CAMPANY

«Alfonso Guerra está callado. Ahora el impropio habita en el rebudio de Caldera, Blanco y otros ingenios de esta Corte»

EL ARTE DE INSULTAR



NO parece que nuestros socialistas estén muy versados en la ciencia y el arte del insulto y la injuria. Ni han bebido en los clásicos, que se insultaban a porrillo con derroche de ingenio, gracia y erudición, ni

siquiera han ojeado el breve ensayo de Jorge Luis Borges acerca del arte de injuriar. Los diputados socialistas insultan como golfillos e injurian como granujas. En la sesión del miércoles pasado, convirtieron el Congreso de los Diputados en un burdel de suburbio, una taberna de puerto o una plazuela de bribones. Al ministro Cabanillas, no contentos con llamarle desde la tribuna, basura y nazi, le lanzaban desde los escaños esos denuestos que conocen hasta los tontos de libro: cabrón e hijoputa.

El único socialista que sabe injuriar con ingenio y guasa fina es Alfonso Guerra, que al fin y al cabo ha leído, aunque no se sabe dónde las encontró, las Obras Completas de Lope de Vega. A Lope, Góngora le llama Lopillo y Lopico, pero Quevedo llama a Góngora «alguacil del Parnaso» o «capellán del rey de bastos» y que «alza, pero no a Dios». En pago, Góngora les llama borrachos a los dos, a Lope y a Quevedo. «Hoy hacen amistad nueva, más por Baco que por Febo, don Francisco de Quebebo y Félix Lope de Bebo». Se cachondea del puñetero estevado diciendo que es un poeta *entre paréntesis* por las curvas que le hacen las piernas. Y Quevedo le recuerda a Góngora su origen judío. «Yo te untaré mis obras con tocino para que no las roas, Gongorilla».

Cuando don Francisco de Quevedo quería llamar cabrón a algún contemporáneo, escribía un soneto. «Cornudo eres, Fulano, hasta los codos y puedes rastrillar con las dos sienas». Y cuando quiso decorar el sepulcro de una dama arrancaba así con otro soneto: «La mayor puta de las dos Castillas yace aquí...». Más fuertes son los tercetos del soneto de Juan Pérez Creus a Eugenia Serrano. «Llamarte mala pobre sonaría, llamarte zorra no dará tu talla pues por puta te saben las personas. Y llamarte putísima sería como llamarle cerro al Himalaya, como llamarle arroyo al Amazonas».

Lo de «hijoputa» es una vulgaridad de lerdo. Hay otras maneras de decir eso. Pateaba Valle-Inclán una obra de Echegaray, ¿cómo no? «Si no le gusta, márchese, pero no moleste». «¿Y uzted quién ez, joven?» «Soy el hijo de Echegaray». Y don Ramón María: «¿Eztá uzted zeguro?». Se encontraron Benavente y el Caballero Audaz por la acera de la calle de la Princesa. Se detuvo el Audaz. «Yo no cedo el paso a maricones». Benavente se bajó rápidamente de la acera: «Yo sí». Alcalá Zamora nació en Priego. Y Rafael Alberti escribe un soneto que termina así: «Fue tonto en Priego, en Alcalá y Zamora». Alfonso Guerra está callado. Ahora el impropio habita en el rebudio de Caldera, Blanco y otros ingenios de esta Corte.